

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

68

LETRAS LIBRES
ENERO 2012

IN MEMÓRIAM

CHRISTOPHER HITCHENS (1949-2011)

por DANIEL GASCÓN

Christopher Hitchens ha sido uno de los grandes ensayistas de las últimas décadas. Combinaba amplios conocimientos históricos y literarios, una perspicacia infatigable, indignación moral, humor y descaro para defender la libertad individual y la democracia, y para combatir la superstición y la mentalidad totalitaria. Nació en Portsmouth en 1949; su padre era comandante de la Marina británica. Su madre, que se suicidó en Atenas, ocultó a sus hijos que era judía. Hitchens era un hombre del 68; estudió en Oxford y militó en un grupúsculo trotskista. Creía que era bueno viajar a países “en los que hay demasiada ley y orden, o demasiada poca” y en su juventud visitó la Cuba castrista, la Polonia comunista, la Argentina de la dictadura militar. Comenzó a trabajar como periodista y formaba parte de un grupo de amigos que incluye a Martin Amis, Salman Rushdie, James Fenton e Ian McEwan. A principios de los ochenta se trasladó a Estados Unidos, donde se convirtió en una figura

importante del periodismo de izquierdas. Pero nunca se encontró cómodo en ningún campo: no le pareció mal la victoria de Thatcher, escribió un libro contra Clinton, se sintió asqueado al ver la tibia reacción de muchos izquierdistas ante la fetua de Jomeini a Rushdie y apoyó la intervención de la OTAN en Kosovo. La ruptura con muchos viejos camaradas se produjo a raíz de los atentados del 11-S. Frente a quienes buscaban las “causas” de los ataques, escribió:

Este es un momento tan bueno como cualquier otro para revisar la historia de las Cruzadas, o la triste historia de la partición de Cachemira, o las penas de los chechenos y los kosovares. Pero los terroristas de Manhattan representan el fascismo con un rostro islámico, y no tiene sentido emplear ningún eufemismo sobre eso. Lo que abominan de “Occidente”, por decirlo en una frase, no es aquello que los progresistas occidentales rechazan y no pueden defender de su propio sistema, sino lo que *sí* les gusta y deben defender: sus mujeres emancipadas, su investigación científica, su separación entre religión y Estado.

Algunos obituarios ofrecen explicaciones caricaturescas del apoyo de Hitchens a las guerras de Afganistán e Iraq: se habría convertido en un instrumento de Bush, por oportunismo o para compensar no haberse enrolado en la Marina. Pero el propio Hitchens veía la guerra de Iraq como una extensión de sus ideas internacionalistas —que le llevaban a interesarse por conflictos de todo el mundo— y como parte de la lucha contra el despotismo. Podría haber dicho que se equivocó por las razones correctas, pero no se retractó, aunque criticó la ejecución de la invasión y el recorte de libertades civiles en Estados Unidos y denunció la tortura. Se convirtió en un autor de éxito con un libro contra la religión, *Dios no es bueno* (Debate, 2008). En 2010, cuando acababa de publicar su autobiografía *Hitch-22* (Debate, 2011), le diagnosticaron el cáncer de esófago que terminó con él en diciembre pasado.

Solía decir que la escritura no era su forma de vida, sino su vida. Escribió hasta el final, en decenas de publicaciones (entre ellas *Letras Libres*), y abordó una gran cantidad de temas: desde Churchill a Victor Serge, pasando por multitud de asuntos de actualidad, Proust, Nabokov, Obama, Rosa Luxemburgo, Pakistán, Corea del Norte, la metafísica de la palabra *blowjob*, la pena de muerte, el antisemitismo, la Biblia del rey Jacobo o su enfermedad. Su escritura está llena de información y observaciones brillantes, y de anécdotas y formulaciones inolvidables: “El mayor triunfo que pueden ofrecer las relaciones públicas modernas es el éxito trascendente de que tus palabras y acciones sean juzgadas por tu reputación, en vez de al revés”; “No puedes ser solo un poco herético durante mucho tiempo”; “Nunca olvidaré dónde estaba y qué estaba haciendo el día en que el presidente Kennedy estuvo a punto de matarme”. Algunos de sus mejores textos son ataques devastadores contra la hipocresía de Bill Clinton, el fanatismo de la madre Teresa, la



+El incansable Hitchens.

demagogia de Michael Moore, los crímenes de Kissinger o la idea de Dios (un crítico escribió: “Hitchens por fin ha encontrado un adversario a su altura”). En YouTube hay muchas demostraciones de su habilidad retórica, que a veces dirigía contra antiguos aliados, como Gore Vidal o Edward Said.

Como su afición por el alcohol, el tabaco y la conversación, su faceta de polemista es célebre: el Vaticano lo llamó para que testificara contra la madre Teresa en su proceso de canonización. Pero también dedicó muchas páginas a celebrar la amistad, la libertad, la razón y los libros, tanto en sus memorias como en *Amor, pobreza y guerra*, *Unacknowledged Legislation* o *Arguably*. En su obra surge constantemente una tradición, en buena medida británica y literaria, que a menudo parecía su instrumento para entender el mundo. Además de Shakespeare, en ella figuran iconoclastas como Byron y Wilde, y autores de posiciones ideológicas muy distintas de las suyas, como Kipling, Auden, Waugh, Wodehouse, Powell o Larkin. Por encima de todos está George Orwell, al que dedicó un ensayo iluminador y que fue una referencia constante. Trotski, Marx y los debates de la extrema izquierda, decía, habían sido una escuela argumentativa, y le apasionaban los disidentes y los apóstatas: de Sócrates a Ayaan Hirsi Ali, pasando por Spinoza y Voltaire. Su antología *Dios no existe* es casi una historia de la libertad de pensamiento, y defendía

a Estados Unidos como república ilustrada, basada en la libertad, la ley y la separación entre Iglesia y Estado: criticó las traiciones a ese ideal y escribió varios ensayos sobre los Padres Fundadores y dos hermosas biografías breves de Thomas Jefferson y de Tom Paine.

A Hitchens le gustaba encontrar las contradicciones de los demás y disfrutaba señalando las suyas. Se equivocó en algunas cosas, pero supo cambiar de opinión y acertó en aspectos esenciales: en su apología del individuo y la razón frente a las tiranías celestiales y terrenales, en su rechazo a la hipocresía y el dogmatismo, en su determinación de “combatir a los absolutistas y a los relativistas al mismo tiempo: sostener que no existe una solución totalitaria e insistir al mismo tiempo en que, sí, los de nuestro lado también tenemos convicciones inalterables y estamos dispuestos a luchar por ellas”. Acertó al señalar que es más importante cómo se piensa que lo que se piensa; que, cuando uno defiende una causa, debe correr el riesgo de ser un pesado, o de verse lejos de su tribu y en compañía poco recomendable. Esa defensa de la libertad de pensamiento va unida a una idea de la responsabilidad:

La labor habitual del “intelectual” es defender la complejidad e insistir en que los fenómenos del mundo de las ideas no deberían convertirse en eslóganes ni reducirse a fórmulas fáciles de repetir. Pero existe otra responsabilidad: decir que hay cosas sencillas y que no habría que oscurecerlas.

Bill Keller ha escrito que Hitchens tendía a tomarse el extremismo islámico como algo personal. Ese tono de implicación y cercanía, que lograba a través de una escritura extrañamente conversacional y de un narcisismo mitigado por la capacidad de reírse de sí mismo, estaba en muchos de los temas que trataba y era una de sus grandes virtudes. Contagiaba el entusiasmo, transmitía un horror

casi físico por el totalitarismo y creaba complicidad con el lector. Se nota en algunos tributos que se han escrito después de su muerte: muchos esperábamos conocer la opinión vehemente y lúcida de Hitchens sobre lo que pasaba en el mundo. Para mí, leer y traducir sus textos ha sido un gran placer, pero sobre todo una educación. —

CIENCIA

STEVEN PINKER Y EL DECLIVE DE LA VIOLENCIA

✎ M^a TERESA GIMÉNEZ BARBAT

El humanismo secular¹ sostiene que el afinamiento de los instrumentos de la inteligencia que florecieron y avanzaron sobre todo a partir de la Ilustración aportaron grandes logros a la ciencia y e hicieron retroceder cada día el ámbito milenarista y de lo indemostrable —territorios de la religión, la superstición y la ideología dogmática—. Son precisamente estos instrumentos a los que Steven Pinker, en su libro *The Better Angels of our Nature. Why Violence Has Declined* (Viking, 2011), hace responsables de una caída en la frecuencia de las guerras, de la violencia y de la agresividad en general en las relaciones humanas. De que, en sus palabras, seamos en conjunto “más buenos”.

En la sección de preguntas frecuentes² de su más reciente libro pueden leerse estas palabras:

Aunque siempre tuve una vaga impresión de que una comprensión científica de naturaleza humana era compatible con una robusta moralidad secular, solo por la influencia intelectual de mi esposa, la filósofa y novelista Rebecca Newberger Goldstein, entendí la lógica que las une. Me explicó cómo la morali-

¹ <http://www.humanismosecular.com/>

² <http://stevenpinker.com/pages/frequently-asked-questions-about-better-angels-our-nature-why-violence-has-declined>

dad se conecta con la racionalidad, y cómo el humanismo secular es un término moderno para la visión universalista que resultó de la Edad de la Razon y la Ilustración (en particular, según ella, de las ideas de Spinoza). Esas ideas han conducido a la disminución de la violencia hasta un grado al que llamo humanismo ilustrado y que es lo más cercano que tenemos de una teoría unificada.

Este es un mensaje optimista muy de agradecer. Y la tarea llevada a cabo por los humanistas seculares, extraordinaria. Pero, ¿nos hemos vuelto “más buenos”?

LA AGRESIVIDAD HUMANA

El comportamiento agresivo es general. No se inventó en un lugar y se extendió. Forma parte de la historia y la prehistoria de nuestra especie y su linaje ancestral. El cerebro humano ha conservado los circuitos agonísticos y de predominio en los mamíferos.

La agresividad tiene por lo menos dos aspectos importantes a considerar. Por un lado, procura rendimientos o recursos en general: alimentarios, territoriales, económicos o sexuales. Por el otro, la agresividad es algo placentero en distintos grados dependiendo de las personas o de las circunstancias. Los dispositivos neurales de la agresión ofensiva se enlazan con los de la recompensa fisiológica. Todo ello recordando que está demostrado que la variación de las tendencias violentas en los individuos es considerablemente hereditaria.

DISMINUCIÓN DE LA VIOLENCIA EN NUESTROS DÍAS

No solo Pinker, sino autores como L. H. Keeley, Margo Wilson y Martin Daly o Napoleon Chagnon ya demostraron en su día la falsedad del mito del buen salvaje y la evidencia del declive de la violencia (en palabras del antropólogo Richard Wrangham, de la “domesticación” del ser humano).

Estos autores han aportado números que muestran los porcentajes de

homicidios, guerras, actos de terrorismo, abuso infantil y otras formas de violencia en varios períodos de tiempo. Pero la cobertura masiva de los hechos violentos tiende a enmascarar (las buenas noticias venden menos) que, por regla general, nuestras posibilidades de ser asaltados o asesinados han ido disminuyendo durante siglos. Incluso en el siglo XX, con sus dos guerras mundiales, las cifras han sido inferiores que en siglos anteriores. Y la segunda mitad del siglo XX ha sido testigo de una carencia de guerras sin precedente entre Estados desarrollados y grandes potencias. La obsolescencia de las grandes guerras es solo uno de muchos motivos de la disminución de la violencia. Los porcentajes de homicidios en Europa se han dividido al menos por 30 desde la Edad Media: de aproximadamente 40 personas por cada cien mil al año en el siglo XIV a 1.3 al final del XX.

POSIBLES MOTIVOS PARA ELLO

Pinker asegura³ en su libro que la evolución social ha reducido los incentivos para la agresión y el crimen cambiando las sensibilidades modernas. En mi opinión, se podrían resumir en tres sus motivos fundamentales. Uno, “la consolidación de los gobiernos –como describió Thomas Hobbes en *Leviatán* (1651)– como monopolizadores de la violencia legítima y del arbitraje de las disputas reduciendo la necesidad de la venganza privada”. Otro, el auge del “comercio apacible” que produjo los beneficios mutuos del intercambio. Y el tercero sería una progresiva mejora en la inteligencia y en el pensamiento crítico que da lugar a una ética secular y a la consecución de una mayor “bondad” en las nuevas generaciones en su conjunto.

CRÍTICAS RAZONABLES

Aunque Pinker menciona la relevancia en la disminución de las desigualdades económicas, que han sido el predictor más acertado en la

variabilidad en las tasas de homicidio en todas partes, algunos autores –como Martin Daly⁴– consideran que no hace suficiente hincapié en ello. Y también faltan, como resalta Adolf Tobeña,⁵ parámetros importantes como los cambios demográficos, la evolución de los saltos tecnológicos, los índices sanitarios, la evolución de flujos comerciales interestatales y locales y, lo que es particularmente importante cuando se trata de violencia y agresividad, las cifras comparativas sobre el incremento de funcionarios dedicados al control de la delincuencia, la evolución de las prisiones y la población reclusa o tecnologías basadas en la prevención del crimen. Fernando Savater, en un momento de su conferencia en las jornadas *La creación del mundo*,⁶ reproducida en las páginas de esta revista, dice a propósito del avance de esa supuesta “bondad” humana, que habría que profundizar más en datos sobre tipos de violencia como la escolar, el *bullying*, la violencia doméstica, etc., que ya aporta Pinker pero que merecen mucha más atención.

¿REVOLUCIÓN HUMANISTA?

No cabe duda que el avance del pensamiento crítico ha cambiado las sensibilidades modernas a base de potenciar esos componentes de la mente humana que Abraham Lincoln llamó “los ángeles buenos de nuestra naturaleza”. La alfabetización, los viajes y el cosmopolitismo mejoran la empatía y pueden explicar la aversión actual hacia los castigos crueles y los costes humanos de la guerra.

Hoy se les enseña a los niños tolerancia y comprensión al otro de forma realmente asumida. No como adoctrinamiento sino como razonamiento dirigido e inteligente. Pero no hay que bajar la guardia y dar estas conquistas por establecidas.

⁴ <http://www.terceracultura.net/tc/?p=3662>

⁵ Adolf Tobeña, “Ángels de la guarda pinkerians”, *Métode*.

⁶ <http://www.lacreaciondelmundo.es/participantes/fernando-savater/>

³ <http://www.terceracultura.net/tc/?p=3544>

Un artículo de *The New York Times*⁷ publica datos de un sondeo federal de Estados Unidos que señala que una de cinco mujeres asegura haber sido violada o víctima de un intento de violación. Y una de cada cuatro dice haber sido golpeada por un compañero sentimental.

Hay que tener siempre presente que no somos una tábula rasa y que la naturaleza con todo lo bueno y lo malo es la tierra en la que crecemos. Cuando, por ejemplo, en la misma escuela, en la universidad, en los medios se estimula la rivalidad intergrupal y el favoritismo con los propios (sea a causa del nacionalismo, la adscripción a un color ideológico, la religión etc.) al servicio de intereses políticos se están facilitando excusas para dar salida a impulsos agresivos cuya expansión puede ser muy gratificante para el animalito interior pero que tienen poco de encomiable y mucho de peligrosos.

UN ÚNICO GRUPO SOLIDARIO

La domesticación de la agresividad humana parece posible siempre que no restemos importancia a los sistemas que contemplan las leyes para la prevención de la violencia, su control y el subsiguiente castigo. Es la otra cara del estímulo a la razón, al pensamiento crítico y a la ciencia que promueve este humanismo secular al que el libro de Pinker da un merecido reconocimiento. Vamos hacia una cultura global destinada a ser la única cultura posible, pues es la que se va a construir entre todos a partir de una competencia de visiones en la que resultarán triunfadoras aquellas que proporcionen en la práctica una superior calidad de vida al ciudadano, y no podrá ser independiente de los logros más importantes del intelecto humano: los derechos y libertades del individuo recogidos en la carta de los derechos humanos; el legado de la ciencia y de la razón crítica; y el sistema político que ha demostrado ser capaz de crear y distribuir riqueza

⁷ http://www.nytimes.com/2011/12/15/health/nearly-1-in-5-women-in-us-survey-report-sexual-assault.html?_r=2&hp

y de defender la paz dentro y fuera de sus fronteras. Esto es, una ética consensuada que nos convierta a todos en pertenecientes al mismo grupo solidario: el del Homo sapiens. —

IN MEMÓRIAM

EL SOL DE BIRIATOU

✎ MIGUEL AGUILAR

El moderno tren que recorre media España para depositar al viajero en la estación de Hendaya es un símbolo indiscutible de la historia de éxito protagonizada por los españoles desde la muerte de Franco. El incremento de prosperidad y libertad ha sido imparable, incluso en plena crisis económica hemos visto cómo desaparecía una de las últimas lacras del pasado: el terrorismo etarra. Sin embargo, quizá para matizar esa historia, quizá para evitar el olvido apresurado de tiempos aun cercanos, la calle de la estación se sigue llamando la Rue des Deportés. No es difícil imaginar por qué.

A pocos kilómetros se alza la preciosa iglesia de San Martín de Biriattou. Detrás de la iglesia, un cementerio en pendiente, que desciende abruptamente hacia el Bidasoa. Al otro lado del río, casi al alcance de la mano, España. Desde Biriattou, desde una terraza cercana al cementerio, Jorge Semprún vio España como exiliado por primera vez, a finales de agosto de 1939. Su tumultuosa vida, como resistente antinazi, deportado en Buchenwald, militante comunista, agente clandestino en la España de Franco, escritor, guionista, ministro socialista, le llevaría muchas más veces allí, y veinte años antes de morir, en recuerdo de esa primera visita, dejó escrito en *Adiós luz de veranos* que era en ese cementerio donde quería ser enterrado, un “lugar fronterizo, patria posible de los apátridas, entre los dos ámbitos a los que pertenezco”, España y Francia. (Decía Félix Romeo que la tragedia de España se resumía en que Semprún fuera considerado un intelectual francés.) Tras su muerte,



✎ Javier Pradera (1934-2011).

el 7 de junio de 2011, su cuerpo realmente yace en Garentreville, cerca de París, pero ese deseo (“J’aurais désire que mon corps fût enterré a Biriattou”) y su rostro componen la lápida de Eduardo Arroyo que, colgada en una terraza del pueblito vascofrancés, contempla España desde el pasado 26 de noviembre.

Ese día, bajo un sol impropio de la fecha, se homenajeó la memoria de Semprún, pero inevitablemente a buena parte de los casi doscientos asistentes les asediaba otro nombre, el de Javier Pradera, fallecido apenas cinco días antes y uno de los promotores del acto. Pradera y Semprún fueron amigos desde principios de los años cincuenta. Compañeros de militancia clandestina comunista, que abandonaron al tiempo (uno expulsado, el otro en solidaridad), sus biografías se entrecruzan a lo largo de casi sesenta años. Y para explicar que a la calle de los deportados de Hendaya lleguen ahora trenes cargados de turistas gastronómicos, y que por no haber no haya ni frontera, resulta fundamental el ejemplo y el trabajo de los dos: el puente que supone Semprún con la República y con el exilio, con una España que pudo ser y no fue, su empeño en luchar por la libertad del país donde nació y su conciencia europeísta; la evolución de Pradera, hijo y nieto de fusilados por los republicanos, pata negra del régimen, que decide echar su suerte con los vencidos, o lo que es más, trascender la victoria y la derrota para poder hablar en nom-

bre de vencedores y vencidos, superar la guerra y plantar la semilla de la reconciliación y la democracia.

Debe ser curioso para el hispanista pelirrojo de Iowa la admiración que despierta la generación que hizo la Guerra Civil, cuyos errores, comprensibles o no, perdonables o no, evitables o no, condujeron al enfrentamiento descarnado y a una masacre horripilante. En cambio, la generación que hizo la transición, sin duda culpable de errores tan o más abundantes que la precedente, logró el entendimiento, la concordia y un periodo de paz y prosperidad sin igual. Para no cosechar en la actualidad más que un fuerte desdén y ser considerada la fuente de todos los males que en la actualidad padecemos. Quizá el péndulo esté por iniciar un recorrido de vuelta, y empecemos a apreciar ser hijos de la transición más que nietos de la Guerra Civil. Ojalá, porque el pacto mancha menos que la violencia aunque no tenga tanto prestigio, y a menudo es más noble y más valiente.

Pero a Pradera no solo cabe agradecerle su temprano activismo político y esa contribución a superar la guerra. Expulsado del cuerpo jurídico del Ejército del Aire, se refugió en el mundo editorial, para beneficio de todos los lectores de España. Su labor en Fondo de Cultura Económica, en Siglo XXI y sobre todo en Alianza Editorial fue fundamental para abrir el país al pensamiento y a la literatura contemporáneas gracias a la edición cuidada y asequible de obras clave. El catálogo de "El libro de bolsillo" sigue siendo hoy asombroso; en el momento en que apareció, era inimaginable. A mitad de camino entre activista y editor, su papel como jefe de opinión y editorialista en *El País* desde su fundación hasta 1986, y como columnista hasta su muerte, le convirtieron en una de las plumas esenciales de la transición y luego de la democracia. Con la fundación de *Claves de Razón Práctica* acogió y alentó el pensamiento en español y la difusión de los debates de ideas más importantes.

Amante del fútbol, de la conversación y de la amistad, maestro de la ironía y de la anécdota bien contada, generoso con sus saberes y sus afectos, exigente con sus interlocutores, presto con el consejo sabio que nunca imponía, dueño de la llave a un mundo donde la única jerarquía era la de la inteligencia y el conocimiento de la materia propia, intolerante con la estupidez y la mala fe, Pradera es un ejemplo imborrable de que no cabe confundir solemnidad ni envaramiento, ni astucia, ni cinismo con inteligencia. El brillante sol de Biriadou parecía subrayarlo, mientras Carmen Claudín aludía al trío que formaban su padre, Fernando Claudín, conocedor de la perversión del modelo soviético, Semprún, que había pasado por la terrible experiencia de los campos nazis, y Pradera, que tenía la experiencia directa de la nueva España, y cómo los tres lo habían superado con humor, rigor e inteligencia. Por eso estaba segura que su padre y Pradera hubieran aceptado gustosos ser recordados como pidió Semprún, como un *rotspanier*, un rojo español. Y una aspiración similar, a un modelo de conducta personal, lejos de cualquier adscripción política, recorrió el público. En la lápida, el rostro de Semprún sonreía. —

MIGRACIÓN PAISANOS INVISIBLES

✎ RAFAEL LEMUS

Atiéndanse las cifras. Según un informe del Pew Hispanic Center, en Estados Unidos hay 31 millones de personas que se reconocen a sí mismas como mexicanas. De acuerdo con otro reporte del mismo centro, más de seis millones de ellas viven y trabajan ahí ilegalmente. Aparte: en un periodo de apenas diez años, entre 2000 y 2010, nacieron 4.2 millones de niños y niñas que el censo de población estadounidense registra como *mexican-americans*. Es decir: si confiamos en esas cifras y categorías, uno de cada cuatro mexi-

canos nace hoy fuera de las fronteras del país.

Atiéndanse, ahora, las obras culturales producidas en México que se ocupan de esas multitudes. Unas pocas películas, inexorablemente melodramáticas. Algunas puestas en escena. Un puñado de imágenes. Poquísimos relatos y novelas. Agréguese a ese gigantesco déficit de representación el desinterés casi unánime del campo cultural mexicano por todas aquellas obras creadas por los propios migrantes. ¿Qué queda? Está claro: una comunidad enorme, casi invisible.

Es curioso que esos millones de migrantes —legales o ilegales— tampoco atraviesan con frecuencia el marco de la así llamada literatura del norte. Extraño producto: una narrativa situada en los márgenes geográficos del país, obsesionada con la frontera, que sin embargo rara vez atiende el paso de los trabajadores mexicanos y menos todavía su vida del otro lado. Dicho de otro modo: cientos de relatos y novelas sobre la frontera que, en vez de referir el tránsito fronterizo, a menudo se quedan atornillados. ¿Atornillados a qué? A cierto mito de la frontera. A la idea, sin duda cierta, de que ahí, y no en el centro, se padece y quiebra el imaginario nacional. A la teoría, desde luego muy discutible, de que ahí, y no en otra parte, ocurren los procesos de contacto, hibridez y resistencia más significativos.

En este y otros aspectos *Señales que precederán al fin del mundo* (2009), la estupenda segunda novela de Yuri Herrera, es una feliz excepción. Para decirlo en una frase: es un salto al otro lado. Literalmente: rebasa los límites de la narrativa del norte y se cuela en territorio estadounidense. A primera vista, la novela no presenta demasiadas novedades. Su trama es sencilla: una joven —Makina— abandona su pueblo, perdido en algún lugar del altiplano mexicano, y parte rumbo a Estados Unidos en busca de su hermano. Las anomalías no descansan ahí sino en otra parte: en la pereza con que se describen ciertos ambientes mexicanos, en la veloci-

dad con que se despacha el cruce de la frontera, en el sutil desplazamiento del foco de atención. Sobre todo eso: Herrera (Actopan, 1970) fija su atención un poco más allá de la frontera, en una sociedad estadounidense sin nombre; y, de pronto, todo se transforma. Cambia el escenario: ya no los límites del Estado nacional sino sus afueras. Cambia el problema: ya no el contacto sino la cohabitación, aun más problemática, de gringos y mexicanos. Cambian los personajes: ya no sujetos híbridos sino de plano desarraigados —los paisanos que viven y trabajan y negocian su identidad del otro lado.

Es difícil encontrar en el archivo de la literatura mexicana un retrato más amoroso de los migrantes. ¿Ese español mestizo, saltarín, que se habla en Estados Unidos y que rechina en los oídos más patriotes? “Una lengua intermedia [...] maleable, deleble, permeable”, “una metamorfosis sagaz, una mudanza en defensa propia”, “una franja difusa entre lo que desaparece y todavía no ha nacido”, “el mundo sucediendo nuevamente”. ¿Esos migrantes ya habituados a la vida del otro lado?

Son paisanos y son gabachos y cada cosa con una intensidad rabiosa; con un fervor contenido pueden ser los ciudadanos más mansos y al tiempo los más quejumbrosos aunque a baja voz. Tienen gestos y gustos que revelan una memoria antiquísima y asombros de gente nueva.

¿Esos trabajadores que un día deciden no volver y que tanto ofenden al orgullo chovinista? La novela construye y defiende el caso de un joven, el hermano de Makina, que desoye altaneramente los llamados de su madre y opta por inventarse un nuevo personaje, ya libre de los documentos de identidad emitidos por el Estado mexicano. Es como si la obradijera: esas conductas —no comprensibles desde una ética nacionalista— también valen; esas identidades —ya posnacionales— también cuentan, y miren cómo no se fijan, cuánto bailan.

Puede parecer poco importante desplazar los reflectores y alumbrar el otro lado de la frontera. Puede parecer también intrascendente invertir la representación habitual de los migrantes y presentarlos ya no como seres en falta, carentes de identidad, sino como sujetos plenos, incluso rebosantes. Es lo contrario: *Señales que precederán al fin del mundo* es una de las pocas novelas ¿mexicanas? relevantes de los últimos años y lo es justamente porque afecta —o mejor: porque contribuye a desestabilizar— los discursos hegemónicos sobre la identidad nacional. Ya se sabe: esa ilusión, la *identidad mexicana*, se construye, como cualquier identidad nacional, a partir de la previa definición de un Otro. Se dice: allá están los otros, los gringos, y son de esta y aquella manera. Se agrega: acá estamos nosotros, los mexicanos, y somos de este y ese modo. Lo que hace esta novela —lo que hacen todas esas obras que iluminan favorablemente a los mexicanos que viven del otro lado— es reventar esa dicotomía y reconocer que, entre un extremo y otro, existen múltiples subjetividades intermedias: seres en tránsito que desbordan los esquemas. Podría decirse en otros términos: esas obras ayudan a ampliar el marco identitario, a agrandar el repertorio de posiciones-sujeto (Foucault).

Desde luego que el planteamiento de *Señales que precederán al fin del mundo* puede resultar, al final, problemático. Si se le mira con ánimo sociológico, la novela parece atenuar las dificultades materiales de los trabajadores ilegales. Si se le juzga con fervor nacionalista, no parece repetir la típica rutina antiyanqui. En un sentido es cierto: el libro entrega un retrato polémico, fácilmente discutible, de la migración mexicana. Pero ¿es que podía ser de otro modo? Hay que ser honestos y aceptar que no hay manera de adoptar una postura cómoda ante el fenómeno de los migrantes mexicanos —sobre todo si son ilegales— en Estados Unidos. Una de dos: o uno asume una postura más bien entusiasta y celebra la



✦ Presencia chicana en Chicago.

vitalidad y diferencia de los migrantes, o uno adopta una postura más bien crítica y lamenta sus precarias condiciones de vida. De un lado se corre el peligro de ser un tanto cándido y obviar las injusticias que padecen; del otro, el riesgo de ser tremendista y negarles toda posibilidad de agencia y alegría fuera del país. En un extremo, una invitación al vacío: *desarráigate, reinventate*; en el otro, una advertencia de lo más conservadora: *detente, no cruces, quédate donde estás y vive la vida que te ha sido asignada*. Al final, como no existe una postura idónea ante el asunto, la mayoría de nuestros escritores opta —ha optado a lo largo de los años— por lo más sencillo: desviar la mirada. Pero ya se sabe —Yuri Herrera sabe— que los otros no desaparecen solo porque dejemos de mirarlos. Ahí están: y son millones. —

LATINOAMÉRICA ESCRIBIENDO LA HISTORIA ARGENTINA

✦ GRACIELA MOCHKOFKY

En la noche del 26 de octubre último, un tribunal oral federal de Buenos Aires dictó una de las sentencias más impactantes contra los militares que secuestraron, torturaron, asesinaron y “desaparecieron” a miles de personas durante la última dictadura militar argentina. Hubo doce cadenas perpetuas, empezando por el ex capitán Alfredo Astiz, icono de la perversidad de la represión clandestina, y cuatro condenas a más de veinte años de prisión. El fallo, que no es el primero ni será el último, marcó

simbólicamente, sin embargo, el final de un periodo histórico teñido por la falta de justicia o la justicia a medias. Lo que comenzó con el golpe militar de 1976 termina, 35 años más tarde, con la aplicación de la ley, satisfecho el reclamo de justicia.

Pero parece que este no será el final de la historia.

En la lectura de las sentencias, el tribunal agregó un reclamo inesperado al Estado argentino: le pidió que gestionara ante los organismos internacionales que la persecución política, o “politicidio”, fuera agregada a la definición de “genocidio” en la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio. El tribunal explicó que dos de los acusadores (la causa tuvo múltiples víctimas representadas por distintos abogados) habían pedido condenas por genocidio y, como el caso argentino no encajaba en la definición de la Convención, era preciso reescribirla.

El reclamo sorprendió al país, incluyendo a los organismos de derechos humanos. Si los juicios a los militares avanzan sin mayor dificultad —hay 263 condenados y unos mil quinientos procesados esperando su turno en prisión—, ¿qué importancia tiene en Argentina discutir la definición de genocidio?

La palabra es creación de Rafael Lemkin, un abogado polaco de origen judío que escapó al Holocausto, desarrolló una carrera académica en los Estados Unidos y fue asesor del Departamento de Guerra. Lemkin sostenía que la comunidad internacional debía definir y penalizar la eliminación masiva de grupos humanos. Su trabajo se basaba no en la matanza contra los judíos sino en la de los armenios por los turcos (“¿Quién se acuerda de los armenios?”, arengó famosamente Hitler a sus oficiales antes de iniciar la invasión a Polonia). Su prédica dio resultado y en 1946 las Naciones Unidas definieron por primera vez “genocidio” como “una negación del derecho de existencia a grupos humanos enteros”. Este

crimen de “derecho internacional” podía ser “cometido sea por motivos religiosos, raciales o políticos o de cualquier otra naturaleza”.

La inclusión del causal “político” fue rechazada por el bloque comunista por presión de la Unión Soviética, bajo el liderazgo de Stalin, y en 1948, cuando la Asamblea General adoptó la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio que aún está vigente, fue eliminado. El genocidio quedó limitado a la destrucción total o parcial de “un grupo nacional, étnico, racial o religioso”.

Desde entonces hubo numerosos intentos por reinterpretar la letra de la Convención (a la que se han adherido 133 países) para incluir la causalidad política. El primero con relevancia para la Argentina ocurrió en 1996, cuando el juez Baltasar Garzón encontró una grieta en la legislación española para juzgar a los represores argentinos que, hasta ese momento, estaban en libertad por las amnistías y el indulto dictados entre 1987 y 1990. La ley española permite condenar por genocidio, y Garzón sostuvo que eso exactamente había ocurrido en la dictadura argentina:

Una acción de exterminio que no se hizo al azar, de manera indiscriminada, sino que respondía a la voluntad de destruir a un determinado sector de la población, un grupo sumamente heterogéneo, pero diferenciado.

Garzón apeló a la calificación de “grupo nacional” que incluye la Convención para argumentar que no significaba

“grupo formado por personas que pertenecen a una misma nación” sino, simplemente, grupo humano nacional, grupo humano diferenciado, caracterizado por algo, integrado en una colectividad mayor.

En el caso argentino, ese grupo había sido “político”. Garzón entendía que

los grupos políticos estaban incluidos en los grupos “nacionales”, y agregó que, aunque la Convención no los especificaba, tampoco los excluía expresamente.

La justicia argentina dio cuenta de estos argumentos en un fallo histórico, de marzo de 2001, que declaró que las leyes de amnistía eran inconstitucionales. Sin embargo, el fallo concluyó que la calificación de genocidio era irrelevante porque carecía “de consecuencias prácticas”. Es que el código penal no contemplaba la figura; por lo tanto, la justicia no podía juzgar por ese crimen. Alcanzaba con declarar como “crímenes contra la humanidad” al asesinato, la tortura, los secuestros cometidos durante la dictadura; así, eran imprescriptibles y debían ser juzgados.

En 2003 llegó al gobierno Néstor Kirchner y puso el Estado al servicio de la causa de los derechos humanos: impulsó los procesos judiciales, renovó la Corte Suprema de Justicia, y esta derogó los indultos, acusó a los tribunales que demoraban o impedían el avance de las causas, se alió con los organismos de derechos humanos, etcétera. En los años que siguieron, la versión del genocidio apareció contadas veces, como una posición minoritaria incluso entre los organismos de derechos humanos.

La blandió el colectivo Justicia Ya, vinculado a un partido trotskista. En 2006, la reivindicó un juez de la ciudad de La Plata, Carlos Rozanski, al condenar a cadena perpetua a Miguel Etchecolatz, exjefe de inteligencia del temible represor Ramón Camps, por secuestros, torturas y asesinatos; al leer la sentencia, el juez planteó “la necesidad ética y jurídica de reconocer que en la Argentina hubo genocidio”. Citó el debate de 1946 en Naciones Unidas e interpretó, como ya había hecho Garzón, que la clasificación de “grupo nacional” es equivalente a la de grupo “político” ya que en la dictadura se persiguió a una “parte sustancial del grupo nacional”.

Luego, hace unos meses, un fiscal pidió una condena por genocidio (que no obtuvo), un juez de la provincia de Tucumán votó por lo mismo (en minoría) y un juez de la provincia de Mendoza condenó por crímenes ocurridos “en el contexto” de un genocidio. El tema fue también motivo de conflicto en las llamadas “megacausas”—que agrupan numerosos casos cometidos en un mismo campo clandestino—, cuando algunos de los abogados que representaban a las víctimas plantearon una estrategia común que pidiera condenas por genocidio. No hubo acuerdo y las defensas se presentaron por separado.

El siguiente hecho relevante fue el reclamo del tribunal que condenó a Astiz. Su presidente, Daniel Obligado, argumentó luego de la sentencia que

un juez local no puede aplicar la Convención directa en su país si el tema [del “politicidio”] no está en

la Convención (...) En su momento, Stalin abogó para sacarla, pero debe ser incluida y no solamente hacerse cargo del caso argentino sino de otros tantos lugares del mundo donde hay persecuciones políticas.

Aunque lo impulsa un sector del poder judicial, este cambio no tendría consecuencias jurídicas. El consenso entre abogados es que, para tenerlas, el delito de genocidio debería ser incorporado al Código Penal, y aún así solo regiría hacia el futuro. Enrique Fukman, de Justicia Ya, asegura que permitiría ampliar la condena a los “cómplices” de la dictadura —porque lo que ocurrió en Argentina, en su opinión, fue un genocidio que apuntó a reestructurar la sociedad social y económicamente, y los poderes económicos deben ser juzgados—, pero admite que el debate central es “político”.

Si el Estado impulsará la reescritura de la Convención es todavía

una incógnita. Pero la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación opina que, aunque no es posible condenar por genocidio, es preciso decir que los delitos ocurrieron “en el marco” de un genocidio. En palabras de un fiscal federal, lo que se discute

es qué le van a enseñar a tu hijo en la escuela en el futuro: si en los años setenta hubo una lucha armada, si hubo una insurgencia que fue reprimida, o si hubo un genocidio.

En las últimas tres décadas, se han sostenido distintas versiones sobre lo que ocurrió: una “guerra sucia”, un enfrentamiento entre “dos demonios”, terrorismo de Estado desatado sobre un grupo de militantes armados... ahora, genocidio. Lo que está en juego, entonces, no es la justicia sino la Historia. Cuál será su veredicto, no lo sabemos. Recién se está escribiendo. —

